

THANATOPSIS.

(TRADUCIDO POR IGNACIO MARISCAL).

Para el mortal que reverente admira
 La creacion, á su visible forma
 El entusiasta corazon uniendo
 Con vínculos de amor, vário lenguaje
 Natura emplea. En horas de alegría
 Ecos le brinda de ventura y gozo,
 Y en las amargas horas
 Que emponzoña la fúnebre tristeza,
 Blandamente en el ánima insinúa
 De su doliente amigo
 Una voz melancólica, suave,
 Qué, la profunda agitacion calmando,
 En corriente apacible sus ideas
 Plácida mueve.—Cuando el pensamiento
 De los instantes últimos del hombre
 En tu agobiado espíritu cayere,
 Como la escarcha en débil florecilla,
 Y el sombrío ataud, y la agonía
 Congojosa, y el hórrido sepulcro
 En negra perspectiva te amenacen,
 Y temblando de horror ya desfallezcas ;
 Sal pronto á la campiña, bajo el ancho
 Pabellon de los cielos, y allí escucha
 La misteriosa voz que se desprende
 De la tierra y las aguas, del abismo
 De los aires sin fin.

“En breve plazo

(Dirá la voz oculta) el sol radiante

embarcaciones, y las orillas forman bosques de mástiles, de cuerdas y de velas.

Atravesábamos casi debajo del famoso puente, pudiendo medir con nuestra vista la prodigiosa altura de sus macizas torres.

Cuando se construía la torre del lado de Broklyn, se describía así :

“Es una inmensa columna neumática ; pero no como las columnas conocidas de la comarca, que apenas exceden de seis piés de diámetro ; tiene 168 piés de alto y 102 de ancho ; la excavacion que se hace bajo el agua, contiene una extension de 166 piés y 98 ó 99 de alto. Se han empleado en el aparato 105 piés cúbicos de madera, y su peso y el del metal empleado en tornillos, escuadras y otros medios de seguridad, asciende á 2,500 toneladas.”

El puente aun no está concluido, pero ha recibido los primeros alambres que se ven desde abajo como angosta tela. Pasan debajo de esos alambres los navíos más altos con la mayor holgura ; las fragatas tienen que inclinar los topes. La tela que acabamos de mencionar tiene su pasamano de alambre : por allí, con la mayor frescura del mundo, atraviesan las *ladies* con sus sombrillas, distinguiéndose entre las nubes como las muñecas de un panorama.

Ya hemos dicho que Broklyn es una seccion de Nueva-York y tiene poco más ó ménos la poblacion de la ciudad de México.

Sus avenidas son amplias y llenas de cristales y de árboles. Sus edificios de calles centrales, achocolatados como los de las calles aristocráticas de Nueva-York, con sus escaleras

salientes, sus enverjados de hierro y sus banquetas amplísimas sombreadas por altos árboles.

Contiene Brooklyn muchas iglesias; casa de Ayuntamiento, Academia de Música, cárceles, hospitales y colegios; en suma, está dotada de todos los establecimientos de una gran ciudad.

Tuve el disgusto de no ver el Parque famosísimo de Brooklyn ni el astillero, considerado como uno de los más grandes del mundo, donde se reparan y construyen los monitores y los navíos de guerra.

El edificio del teatro á que concurrimos no presenta particularidad alguna notable: las mismas puertas que no se chocan y se abren y cierran sin ruido para adentro y fuera; el mismo declive precipitado del piso; los propios sillones de fierro y asiento movable para facilitar los tránsitos; el propio corredor, descubierto en la parte superior.

El telon de boca es de paño ó bayeta verde, liso como el forro de una mesa de billar.

Representábase la *Gran Duquesa*, favorita del público de México, aquella caricatura de los grandes palacios y de la ridícula pompa de las cortes, azotada como con un látigo con la inspiracion implacable de Offembach.

La representacion fué excelente, y la Aimée tuvo ocasion de derramar á puñados la sal y el chiste con que tan liberalmente la dotó la naturaleza.

¡Cómo me halagaron mis recuerdos! ¡cómo traía yo á mi memoria con orgullo la manera con que ha sido comprendida y ejecutada en México esa pieza!

Aquel Bum-Bum fanfarron, tipo eterno de los matasietes de charreteras, azote de los pueblos, era sin duda mejor comprendido por Loza y por Castro.

Fritz, buen mozo, simplon, con pretensiones de veterano, refractario á la pasion de la seductora duquesa, lo interpretaba mejor Poyo ó Garrido. Pero sobre todo, aquel príncipe Polk, narigudo y de frente deprimida, presumido, baboso, impaciente de poseer la mano de la duquesa que le desdeña y lo pone en ridículo, ese papel difícil lo vimos en México en todo su realce caracterizado por Areu.

Multitud de francesés asistian al espectáculo, como si se tratara de un llamamiento de la patria; reían, interpretaban las actitudes de los actores, completaban sus frases y se veía que pasaba sobre sus frentes, refrigerante y dulce, la memoria de los que hablaban y sentian como ellos del otro lado de los mares.

De ese sueño de dicha, de ese olvido de los dolores del presente, adormidos con el néctar de la ficcion, gozaba yo, y me llamaba la atencion que pocas veces ó nunca se hayan considerado las producciones del ingenio bajo esta faz benéfica.

Al lecho del dolor, á la oscura prision en que llora á la puerta la esperanza, en el buque en que la muerte nos habla al través de una frágil tabla en las horas de silencio y duelo, allí llega el ingenio entre las fojas de un libro, se apodera de nuestros sentidos, nos trasporta debajo de las aguas, nos inicia en los grandes salones, en el conocimiento de altos personajes, nos interioriza en los amores tempestuosos de Claudio Frolo, en las aventuras de Artagnan, en las picarescas excursiones de mi Vecino Raymundo, y cuando volvemos los ojos, se han secado nuestras lágrimas, hemos cobrado fuerza para las penas, hemos alejado de nosotros la tentacion suicida! Este milagro lo veía yo patente entre los especta-

dores franceses. Cada gesto, cada movimiento, cada una de esas irradiaciones de malicia que la Aimée sabe hacer lucir hasta en los pliegues de su trage, eran como ráfagas que iban á iluminar hasta las frentes llenas de canas de las viejas modistas, desertoras de Maville y de los campos Elíseos.

Volvíme de Broklyn: era ya de noche.

En las noches, la parte alta de la ciudad se ve oscura y triste; los remates de los edificios, las agudas agujas de las torres, se destacan en la sombra como fantasmas. De trecho en trecho, en los muros se ven claros luminosos de fondas y billares, y fuera de las avenidas en que el comercio se agita, los promontorios que forman las lámparas, las luces de colores de boticas y de teatros se levantan; se ven, en las calles esencialmente, como huecos de oscuridad suma, lóbreguez y silencio tristísimos.

Por ahora todo sucumbe al calor. Un calor que agobia y mata la facultad de pensar; se siente como arena ardiente en las entrañas, nos baña el sudor, los ojos arden y la palabra se arrastra con sonido extraño en los labios secos.

Toda la pompa, todas las grandezas, toda esa ostentacion de civilizacion y de lujo que con justicia se admira en Nueva-York, se cambiarían por un cuarto en el más pobre arrabal de México. Este es un horno, se masca el aire.

Atraviesan gentes con las mangas de las levitas reman-gadas y los sombreros de paja, ó sendos abanicos en las manos.

Las damas dejan sus salones y están en las puertas de las entradas de las casas: los hombres hacen sus visitas en las escaleras. El suelo quema las plantas, solo con zapatos con suela de un dedo de grueso, se anda cómodo. Yo quise

andar con mi botín á la mexicana, y se me figuraba que iba sobre una parrilla ardiendo.

A las muchas fuentes se abalanza la gente á beber, y cuando el policía se descuida, zabullen su cabeza en las aguas los más encopetados.

El consumo de hielo es fabuloso; se trasportan verdaderos peñascos en carros: en el vino, en la mantequilla, en los tomates, en el *thé*, en el café, en todo hay hielo. En los teatros hay regados abanicos sobre los asientos, y no es extraño ver graves espectadores en la galería de un teatro de segundo órden, que quedan en mangas de camisa para no abandonar la diversion.

La gente gira como vagando, aturdida y sin objeto, hasta muy entrada la noche; y fíjese bien la atencion en que se trata de la noche, es decir, las horas de solaz y de fresco.

En el día es la mansion en las llamas, trasciende como achicharrándose la carne humana en el gentío de Broadway: á cada dos pasos se ven grandes soperas con aguas de naranja ó limones, á uno, dos y tres centavos el vaso. En las boticas se agolpa la gente pidiendo soda, *vichy* y aguas heladas, y en cualquier momento se podría apagar un incendio, si pudiera deponer la gente la cerveza que toma de las dos á las cuatro de la tarde. El termómetro suele marcar de 100 á 104 grados de Farenheit.

A esas horas, el ruido de los mil carruajes que forman como piso que se mueve con sus techos, se oye como de procesion fúnebre; por poco elevada que sea una subida, se tiene que remudar caballos. A las orillas de las banquetas hay baldes con agua, donde paran los animales á beber, y con todo, caminan cuellcaidos, con las crines colgando y un

resollar de angustia que molesta de ver Así caen muertos.

Los cocheros, á pesar de preservarse con grandes paraguas que dicen con gigantescas letras: "Guanaco," y así conocidos por su gran tamaño, van empapados en sudor, con los ojos al cerrarse . . . algunos bambolean de repente y caen sin vida entre los piés de los caballos.

Los carros son el asilo y la hospitalidad generosa de la gente fatigada: andando andando, trepan á ellos caballeros y mensajeros que van de pié, y muchachos repartidores de periódicos que se acuestan sobre *El Herald* y sobre *La Tribuna*, mientras los devora encarnizada la llama del sol.

Por supuesto que la emigracion en este tiempo es espantosa. Por poco acomodada que sea una familia, se sitúa en los pueblos de los alrededores, en donde el campo engañosamente brinda fresco: otras familias van á los baños, donde el plaer ofrece mil encantos á la juventud, y las familias opulentas viajan; siendo tan general la costumbre. que las que no viajan, dicen que viajan y quedan como ocultas en las casas, sin recibir á nadie.

En la mayor parte de las casas, con tal que no sean muy miserables, hay baños, y en los hoteles se sirven á los huéspedes sin aumento de pago.

Hay además multitud de baños públicos en que por muy corta retribucion se obtiene ese refrigerio: hay baños flotantes en las embarcaciones de los rios, asistidos con esmero, y que tienen anexas escuelas de natacion; pero todo eso es poco para templar los calores de esta sucursal de los infernos. Acaso estos calores influyen en ciertas predilecciones en el vestido masculino, que á primera vista no sé explicar.

La generalidad del uso de puños y cuellos postizos en las camisas, se debe sin duda á la facilidad con que esos adinículos se destruyen, dando aspecto de suciedad á la camisa toda cuando protesta la pechera. Cambiar puños y cuellos equivale á mudar camisa; y aun así, como el lavado de puños y cuellos podría ser costoso, el cuello de papel hecho en máquina tuvo nacimiento, aunque no es tan popular como se cree.

La corbata blanca debe su favor tal vez á la altura del termómetro; una corbata negra se destiñe, lo mismo que de cualquier otro color; la blanca conserva la circunspeccion de la camisa.

La suela gruesa, muy gruesa, del zapato, es otra necesidad en todos los tiempos, así como en estos el zapato bajo.

En los primeros días de los calores usaba yo mi calzado de suela á la mexicana; pero me tostaba los piés, caminaba como si fuera descalzo sobre ascuas; en el invierno se producen fenómenos análogos, y cuando llueve, se puede hacer una comparacion ventajosa para la suela gruesa, en competencia del zapato de hule.

Es costumbre de la sociedad americana, adoptada generalmente, recibir á los amigos fijando día determinado de la semana; costumbre conveniente que concilia las distribuciones domésticas, con el solaz y la compostura para obsequiar á las visitas.

Nada más justificado, ¿no es cierto? pues es tal el apego á la costumbre, que en el momento que yo percibo esa especie de cortapisa, ni por Dios ni por sus Santos obedezco la órden, así pudiera perder la vista del lucero del alba.